



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

21.- Caminando sobre el agua



unánimes

Estudios Bíblicos

N.21.- Caminando sobre el agua

1. El texto

Mateo 14:22-33

En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo. Ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario. Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos andando sobre el mar. Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron, diciendo:

—¡Un fantasma!

Y gritaron de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo:

—¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis.

Entonces le respondió Pedro, y dijo:

—Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.

Y él dijo:

—Ven.

Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó:

—¡Señor, sálvame!

Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

En cuanto ellos subieron a la barca, se calmó el viento. Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo:

—Verdaderamente eres Hijo de Dios.

2. Introducción

El presente milagro es narrado por Mateo, Marcos y Juan. Hemos elegido analizar el texto de Mateo porque agrega la experiencia de Pedro que no es mencionada en los otros dos evangelios. Visitaremos los otros evangelios para enriquecer el análisis.

No podríamos analizar este milagro sin conectarlo con la alimentación de los 5,000 hombres pues uno, la alimentación de los 5,000, precede al otro, el caminar por el agua.

Esta sección describe varios estados de ánimo y peligro. La separación de Jesús, la tormenta y la tensión, el temor, el restablecimiento de la confianza, la vacilación y la adoración.

La primera parte podría ser considerada como una elaboración del tema: En el mar tormentoso Cristo comunica paz a sus discípulos.

3. La partida de los discípulos

En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud.

¿Por qué quería Jesús despedir a la multitud? Una respuesta sencilla sería: por ahora muchas de estas personas habían estado largo tiempo con Jesús y están a una distancia considerable de sus casas; además, se puede agregar que en la región está por oscurecer o ya está sumida en la oscuridad.

Otra respuesta muy general, aplicable a variadas ocasiones, se sugiere por sí misma, a saber, que la gente debía ser despedida porque, habiendo sido testigos de—más bien habiendo experimentado—un milagro asombroso, la multiplicación de los panes y peces, no tienen ningún deseo de abandonar por propia iniciativa al obrador de milagros.

Sin embargo, hay una razón más específica para la decisión de Jesús de despedir esta multitud. Se da en el texto paralelo del evangelio de Juan, dice que la gente “iba a venir para apoderarse de él y hacerle rey”. Jesús, cuyo reino es espiritual, rechaza el verse implicado en tal plan político definitivamente judaico y terrenal.

Estando plenamente consciente de la debilidad de sus propios discípulos, para quienes constituía una verdadera tentación la cooperación con la multitud en sus profanos planes políticos, el Señor en primer lugar hace que sus compañeros permanentes entren en la barca y se vayan delante de Él hacia la otra orilla. Esta frase “hacia la otra orilla” debe significar la orilla opuesta a Betsaida.

Consecuentemente, los discípulos, dejando la costa nororiental—¿en algún momento entre las 7.30 y las 9.00 de la noche? —comenzaron a remar hacia la Betsaida occidental, en las vecindades de Capernaum y de la llanura de Genesaret.

Aun no se ha mencionado una razón, quizás la más importante por la que Jesús despidió a los discípulos y la multitud: Jesús quería estar solo. Deseaba entrar en solitaria comunión con su Padre.

4. La oración de Jesús

Después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo.

A estas palabras hay que darles más importancia que lo que generalmente se les da. Durante su peregrinación terrenal, Jesús pasó mucho tiempo en oración. Oraba en lugares solitarios, en un monte, en el Getsemaní; en la mañana, en la tarde, a veces toda la noche.

No solamente oraba por sí mismo; las oraciones de Cristo que se encuentran en los relatos bíblicos ofrecen abundante evidencia de que también oraba por los demás. La más larga de estas súplicas registradas, llamada la oración sumo sacerdotal, está consignada en el evangelio de Juan y toma todo el capítulo 17. Es profunda y hermosa.

Juan 17

Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo:

—Padre, la hora ha llegado: glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti, pues le has dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera.

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti, porque las palabras que me diste les he dado; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos.

Ya no estoy en el mundo; pero estos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera.

Pero ahora vuelvo a ti, y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo completo en sí mismos. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los odió porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, pues me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos.

Este hermoso texto podría dividirse en grandes secciones que serían: una oración por sí mismo, una por los apóstoles y una por la iglesia universal. En otras oraciones vemos a Jesús dando gracias por los que Él llama afectuosamente sus “pequeños”. Lo vemos intercediendo por los que le atormentaban en el momento de su crucifixión e intercediendo también por Simón y también lo vemos orando por la gente que estaba alrededor de la tumba de Lázaro.

Aun hoy en día Él no solamente hace intercesión, sino que realmente vive en el cielo con el fin de hacer intercesión, de acuerdo al libro de los Hebreos.

Pisamos terreno firme, por lo tanto, al mantener que, en el silencio de la noche relatado aquí, en solitaria comunión con su Padre, Jesús oraba no solamente por sí mismo sino también por sus discípulos.

5. El mar tormentoso

Ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario.

El cuadro de Jesús en el monte orando por sí mismo, por sus discípulos, etc., no debe ser separado del de los discípulos en el tormentoso mar. El Evangelio de Juan menciona veinticinco o treinta estadios. El estadio tiene unos 180 metros, de donde la barca había avanzado entre 4.5 kilómetros y 5.5. Ahora bien, si la distancia entre el punto del cual los discípulos partieron al punto de desembarco era de unos 8 ó 9 kilómetros, como parece probable, entonces estos hombres estaban verdaderamente “en el medio del mar”. Entonces, cuando ya estaba oscuro, se levantó una tormenta. “Y se levantaba el mar con un gran viento que soplabá” como indica Juan en su evangelio. La barca estaba siendo “azotada” o “atormentada” por las olas, dice Mateo. Además, el viento era contrario; luego, soplabá del oeste. No es extraño que los hombres no avanzaran mucho.

Si tuviéramos solamente este texto, la situación sería ciertamente tétrica: el viento que soplabá violentamente en sentido contrario, la oscuridad, las airadas olas, ¡la ausencia de Jesús! Pero como ya hemos indicado, también tenemos el versículo anterior donde Jesús estaba orando por ellos. Ojalá un artista pudiera reproducir esta escena combinada: los discípulos en claro peligro de perder la vida en este mar tormentoso y Jesús en aquel monte intercediendo por ellos, indudablemente incluyendo también esta petición, que fueran guar-

dados de concepciones mesiánicas erróneas y que fueran libradas sus vidas a fin de que pudieran llevar a cabo sus tareas. Considerado desde este punto de vista, ¿no estaban perfectamente seguros estos hombres? Y este cuadro combinado, ¿no tiene muchas aplicaciones para el presente y para todo tiempo de tribulación y angustia?

6. La presencia de Jesús

Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos andando sobre el mar.

Pero Jesús se proponía hacer por los discípulos más que sólo orar por ellos. La cuarta vigilia es de las 3 a las 6 de la mañana (la primera es de 6–9 de la noche, la segunda de las 9 a las 12 y la tercera desde la medianoche hasta las 3 de la madrugada). Todas estas horas—¿diremos “de seis a diez horas”?—los discípulos habían sido azotados por los elementos y todavía estaban a una considerable distancia de su destino. Fue entonces que Jesús vino a ellos caminando sobre las olas que se levantaban y caían. Los discípulos deben descubrir que ellos tienen un Salvador que no solamente puede acallar la tormenta, pero aún puede usarla como su camino. Para Él las mismísimas leyes de la naturaleza son medios para la realización de sus propósitos. Los vientos no lo pueden volcar. ¿No son sus mensajeros? Las olas no lo pueden ahogar. ¿No son sus siervas obedientes? Sin embargo, los discípulos estaban alarmados debido a lo que pensaban que estaban viendo.

7. El miedo y el fantasma

Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron, diciendo:

—¡Un fantasma!

Y gritaron de miedo.

Con la barca dirigida hacia el suroeste, los remeros deben haber estado mirando al noreste. Gracias a un poco de luz — quizás debida a la luna de los días previos a la Pascua que se asomaba intermitentemente entre las negras nubes — ven, probablemente no muy lejos de ellos, lo que parecía ser un hombre que venía hacia ellos desde Betsaida. Por supuesto, no podía ser un hombre, porque los hombres no pueden caminar sobre el agua. Los ocupantes de la barca están seguros de esto. No comprenden cuán equivocados están. Vencidos por el miedo, gritan: “¡Un fantasma!” Estaban mirando a su Señor y Salvador, pero pensaban que veían un espectro infernal aparecido.

Este incidente también tiene muchas aplicaciones, porque ¿con cuánta frecuencia no atribuyen los creyentes a las maquinaciones de algún poder siniestro sus experiencias desagradables, cuando en realidad son manifestaciones del cuidado amoroso de Cristo? ¿Con cuánta frecuencia no ocurre que lo que al principio parece una piedra de tropiezo se convierte en un peldaño hacia la gloria?

8. Lo que Jesús dijo

Pero en seguida Jesús les habló, diciendo:

—¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis.

Las animadoras palabras “tened ánimo”, o “tened buen ánimo”, son características de Cristo. El “Soy yo” nos dice algo como, “el Señor mismo que os ha escogido para que seáis sus discípulos, que os ha estado guiando paso a paso, y que ya os ha dado tantas pruebas de su poder y amor es este que camina sobre el agua. Así que no temáis”.

¿No es alentadora la frecuencia con que en las Escrituras Dios—o Jesucristo—dice a su pueblo: “No temáis”? Aún hoy en día nosotros recibimos aliento de la lectura de estas abundantes palabras de seguridad y nos emocionamos cuando oímos “No temáis”. ¡Cuán inolvidablemente precioso tiene que haber sido el consuelo que estos discípulos recibieron cuando por medio de este breve mandamiento, pronunciado por Aquel a quien adoran, fueron elevados en un instante desde el miedo aplastante hasta el gozo exuberante! Además, este “No temáis” está bien fundado. Está firmemente anclado en el poder sin límites y en el amor infinito e intensamente personal.

9. La respuesta de Pedro

Entonces le respondió Pedro, y dijo:

—Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.

Ahora se presenta en forma dramática el efecto de las palabras de Cristo a Pedro. El impulsivo Pedro está inmediatamente preparado para la acción. Confía en el Señor y lo ama y por lo tanto desea estar con Él. Desde más de un aspecto esta confianza de Pedro merece admiración:

- Es completamente opuesto al temor que los discípulos que, sin excluir a Pedro, han expresado un momento antes, cuando dijeron: “¡Es un fantasma!” El “sí” (“si eres tú”) de Pedro no es de duda, sino que equivale a “puesto que”.
- Significa una consciencia de total dependencia de la autoridad y del poder de Cristo. Pedro sabe que sin el permiso del Maestro no se le permitirá caminar sobre el agua y que sin el poder de Cristo no podrá hacerlo. Así que pide que se le conceda el permiso y se le otorgue el poder. Por lo tanto, la acción de Pedro empieza como un hecho de fe y devoción. No hay evidencias sólidas de que haya habido temeridad de su parte. Además, no hay evidencia alguna de jactancia. Cometemos una injusticia contra este apóstol cuando lo acusamos de querer “mostrarse” ante los demás.
- Muestra que Pedro captaba algo de la significación de la constante enseñanza de Cristo respecto de la muy estrecha relación existente entre el Señor y los que Él dice que son suyos. El solo pensamiento, “si Jesús puede caminar sobre el agua, con la fortaleza impartida por Él yo también puedo” es admirable.

10. Jesús hace que Pedro camine sobre el agua

Y él dijo:

—Ven.

Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.

No nos sorprende que Jesús, sin una palabra de reprensión ni de crítica, dé el permiso. Pedro caminó (literalmente) “sobre las aguas”. Quizás este plural surja del hecho de que en tales situaciones el énfasis no está tanto en el agua en contraste con la tierra, el aire, o el fuego, como en la vastedad de su extensión y en la turbulencia de sus muchas olas.

No hay apoyo para la idea de que delante de los pies de Pedro las aguas estaban calmas puesto que la tormenta no fue aquietada hasta después.

11. El miedo de Pedro

Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó:

—¡Señor, sálvame!

Pedro “vio el viento”, esto es, vio el efecto del viento sobre las olas. Mientras concentraba la atención en Jesús todo le fue bien. Pero en el momento en que se fijó en el viento bramador y las aguas embravecidas, se asustó. ¿Había sido un poco propasado en su confianza? Sea como fuere, su fe, aunque “poca”, no se perdió, porque cuando comenzó a hundirse gritó pidiendo ayuda a Jesús.

Este Pedro es una persona interesantísima. Nada hace a medias. Cuando es bueno es muy bueno; cuando es malo es muy malo y cuando se arrepiente llora amargamente. Pasa de la confianza a la duda, de una profesión clara y abierta de Jesús como el Cristo pasa a la reprensión a ese mismo Cristo, de una vehemente declaración de lealtad a la negación más baja, de un “No me lavarás los pies jamás” a un “No sólo mis pies sino también las manos y la cabeza”. Sin embargo, por la gracia y el poder del Señor, este “Simón” fue transformado en un verdadero “Pedro”.

12. El Señor salva a Pedro

Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?

El Señor no defrauda a su discípulo vacilante, que en la angustia ha clamado a Él pidiendo ayuda. Estrictamente hablando no habría sido necesario que Jesús tomara de la mano a Pedro para rescatarlo. Un simple mandamiento habría bastado. Pero ¿no era realmente alentador el método que Jesús usó? Jesús quería que Pedro sintiera su amor así como experimentaba su poder.

El Señor llama a Pedro “hombre de poca fe”. La duda o la vacilación había entrado en el corazón de Pedro porque por un momento había apartado la vista de Jesús, esto es, había dejado de poner los ojos de la fe en el Maestro. No había tomado de todo corazón el consuelo que podría haber derivado de la presencia, el poder, las promesas y el amor de Cristo.

13. El viento calmo

En cuanto ellos subieron a la barca, se calmó el viento

Jesús acababa de mostrar que Él podía hacer uso de los elementos de la naturaleza. Ahora demuestra que además puede hacer que detengan su ira. Lo había hecho antes cuando calmó la tempestad. En aquella ocasión la tormenta estaba en su apogeo cuando Él estaba en la barca. Él la acalló. Ahora hace que cese cuando entra en la barca. De todos modos, Él siempre tiene el completo control de la situación. Así también, por la fe sus seguidores están siempre seguros. Juan nos agrega que “la barca llegó enseguida a la tierra a donde iban”.

14. La adoración de los discípulos

*Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo:
—Verdaderamente eres Hijo de Dios.*

Los discípulos habían sido testigos anteriormente de la multiplicación de los panes y de los peces, alimentando el Señor de forma milagrosa a 5,000 hombres sin contar mujeres y niños. Ahora Jesús había caminado sobre las aguas. Había capacitado a Pedro para hacer lo mismo. Había rescatado a Pedro. Había quietado la tormenta. ¡Había hecho todo esto y más! Había caminado sobre las aguas hacia ellos, para estar con ellos, consolarlos y fortalecerlos en su fe. Así se habían manifestado en forma gloriosa el poder y el amor de su Señor. El efecto de todo esto se describe ahora. Los que estaban en la barca cayeron a sus pies en humilde adoración. Al reconocer a Jesús como “Hijo de Dios” o como “el Hijo de Dios”, confiesan que ahora comprenden que lo que el Padre había declarado con anterioridad y lo que aun los demonios habían confesado era verdad. Están abrumados por el poder infinito y el amor de Jesús, esto es, por el hecho de que podía hacer lo que acababa de hacer y que quisiera hacerlo—¡por ellos!

15. En resumen

Después de darle de comer a aquella multitud, Jesús envió por delante a Sus discípulos. Mateo dice que los obligó a meterse en la barca e ir por delante de Él al otro lado del Mar de Galilea. A primera vista, la palabra obligar nos resulta extraña, pero si comparamos este relato con el de Juan, seguramente encontraremos la explicación. Juan nos dice que después de alimentar a la multitud, esta quería hacerle rey a la fuerza. Había peligro de que se produjera una aclamación popular y en la inflamable Galilea podía iniciarse allí mismo una

revolución. Era una situación peligrosa y bien pudiera ser que los discípulos la complicaran todavía más, porque también ellos pensaban todavía en Jesús en términos de poder terrenal. Jesús envió a Sus discípulos por delante porque había surgido una situación que Jesús podía manejar mejor solo y no quería que ellos se involucraran.

Cuando se quedó solo, subió a orar a un cerro; para entonces ya se había hecho de noche. Los discípulos habían iniciado la travesía de vuelta. Se había producido una de las tormentas repentinas que son características del Mar de Galilea y los discípulos estaban en serios apuros peleando con el viento y las olas y avanzando escasamente.

Cuando los discípulos se encontraban en una necesidad perentoria, Jesús acudió en su ayuda. Cuando el viento les era contrario y estaban en una lucha a muerte, Jesús estaba allí para ayudarlos. Cuando parecía que la situación era irremediable, Jesús estaba allí para ayudar y para salvar.

En la vida tenemos que enfrentar a menudo vientos en contra, ríos caudalosos y mares embravecidos. A veces nos encontramos entre la espada y la pared y percibimos que la vida es una lucha desesperada, con las circunstancias, con las tentaciones, con el dolor y con largas decisiones. En tales casos, nadie tiene que pelear solo, porque Jesús acude a través de las tormentas de la vida con Su brazo extendido para salvar y con Su clara y tranquila voz animándonos a tener ánimo y a no tener miedo.

Entonces Pedro se dirigió a Jesús diciéndole: -¡Señor, si eres Tú de veras, mándame que vaya hacia Ti sobre las aguas!

No hay ningún otro pasaje del Nuevo Testamento en el que se nos revele el carácter de Pedro mejor que en este. Nos dice tres cosas acerca de él.

- a. Pedro era propenso a actuar por impulso sin pensar lo que hacía. Era su debilidad el actuar una y otra vez sin darse cuenta de la situación ni calcular el costo. Seguramente hizo lo mismo cuando hizo protestas de lealtad a Jesús a toda prueba y hasta la muerte, negando al poco tiempo que le conocía. En Pedro mandaba el corazón y, aunque fallara a veces, siempre tenía el corazón en su lugar y el instinto de su corazón era amar siempre.
- b. Como Pedro actuaba por impulso, fallaba a menudo y luego se angustiaba. Jesús siempre insistía en que una persona tiene que considerar todos los contras en cada situación antes de actuar. Jesús era siempre completamente honesto con las personas: siempre las hacía comprender, antes de que iniciaran la andadura cristiana, lo difícil que era seguirle. Un montón de fracasos cristianos se deben a actuar en un momento de emoción sin considerar el precio.

- c. Pedro nunca falló para no recuperarse, porque siempre, en el peor momento, se aferraba a Cristo. Lo maravilloso es que, cada vez que cayó, se levantó otra vez y que tiene que haber sido verdad que hasta sus fracasos le acercaron más y más a Jesucristo. Como se ha dicho muy bien, un santo no es uno que no falla nunca, sino uno que se levanta y sigue adelante cada vez que cae. Los fracasos de Pedro sólo le hicieron amar más a Jesucristo.

16. Conclusión

Este texto que nos narra el milagro termina con otra gran verdad de carácter permanente. Cuando Jesús se subió a la barca, amainó el viento. La gran verdad es que, dondequiera que Jesús está, la tormenta más salvaje se convierte en calma. En tiempos de tormenta y tensión, la presencia de Jesús y el amor que fluye de la Cruz traen paz, serenidad y calma.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995